

LOS SUCECOS

Suscripción en toda España, 5 pesetas al año. Idem en el extranjero, 8 fr.

Toda la correspondencia debe dirigirse al Apartado de Correos 347.



El 13 fatal.

Si se sientan trece personas á comer en una mesa, es casi seguro que al año haya muerto una de ellas. Así lo creen miles de personas, y aunque es una superstición, no deja de ser verdad.

La superstición nace, sin duda alguna, de la última cena de Jesús con sus doce apóstoles, y por eso se considera desgraciado el número trece. En muchos restaurants del extranjero hay un individuo pagado por la casa que en cuanto son trece personas en una mesa, se sienta para hacer el número catorce.

Es casi seguro que de trece personas que comen juntas, una morirá al cabo del año.

Las estadísticas nos dicen que de trece personas de ochenta años, mueren en un año nueve ó diez; entre trece de sesenta años, mueren cinco ó seis; si son trece de cuarenta faltarán al cabo de doce meses unos tres próximamente; si los trece comensales tienen treinta y cinco años, es probable que mueran dos, y uno si son personas de veintiocho años.

Hay poquísimos banquetes en los que la edad media de los comensales no sea de veintiocho años, y en la generalidad el promedio es mucho mayor, de manera que teniendo en cuenta estas cifras, la superstición de que de trece comensales ha de morir uno en el término de 365 días, resulta verdad; pero más verdad resulta si en lugar de trece son catorce los que comen juntos, y muchas más probabilidades habrá cuanto mayor sea el número y cuanto más viejos sean.

De manera que si en trece personas de veintiocho años hay una probabilidad de que uno muera dentro del año, si son catorce, la probabilidad será de 1 y 1/14.

Resulta verdad, pues, que cuando comen trece personas juntas, una de ellas morirá dentro de un año; pero es verdad porque las estadísticas, las tablas de vitalidad así lo prueban; no por maleficio alguno.

Robo á la hermana del Kaiser.

La princesa Federico Carlos de Hesse, hermana menor del Emperador de Alemania, ha sido víctima de unos audaces ladrones en la Estación Victoria, de Londres.

La augusta dama regresaba á su Patria; el equipaje, amontonado en el andén, esperaba que llegara el momento oportuno para ser embarcado.

Unos cacos se acercaron y robaron un maletín que contenía varios objetos de gran interés personal. Los ladrones creyeron que la maleta contenía las joyas de la princesa; pero sólo contenía enseres de tocador, de plata, con la inicial M. y corona real, una biblia, regalo de sus padres, y varias cartas particulares.

La maleta es de cuero negro, con corona Real y monograma de oro; es bastante grande, y tiene el aspecto de una caja de guardar alhajas.

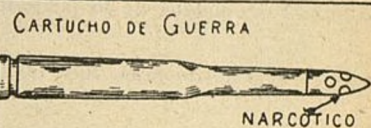
En el momento de ocurrir el robo, había muy poca gente en la estación. Una criada y un lacayo acompañaban á la princesa, y dos señoras se despedían de ella.

Los viajeros llegaron con gran antelación á la estación y mientras las damas conversaban, llegó alarmada la criada, gritando y anunciando la desaparición de la caja.

La princesa no ocultó su disgusto.



pues aunque los objetos robados no eran de gran valor, lo tenían para ella, por ser regalos de personas queridas.



Balas narcóticas.

Alejandro F. Humphrey es un hombre de ciencia de Pittsburgh, que ha estado estudiando la manera de que las guerras pierdan algo de su horror.

Al cabo de algún tiempo de estudio ha logrado hacer las balas narcóticas.

Estas balas llevan en la cubierta, en pequeños agujeritos, un narcótico á base de morfina, y en el momento de interesar los tejidos, el herido se duerme tranquilamente.

El soldado que en el campo de batalla recibe un ligero rasguño, queda fuera de combate por aquel día; tranquilamente se duerme, sin pensar en el enemigo, sin rencores ni deseos de venganza. El combatiente que recibe una herida seria, no sufre los horribles dolores ni pasa por angustiosa agonía. El que recibe mortal herida, pasa á mejor vida en el más dulce de los sueños.

Con este invento el campo de batalla perderá mucho de su horror.

El cazador de fieras no sentirá el peligro de verse destrozado por un león, un tigre ó un oso herido. Aunque la bala sólo haga una ligera herida, el animal caerá sin poderse mover.

Dice el inventor que las balas narcóticas deben adoptarse en todas las naciones. Una guerra así sería mucho más humana.

El inventor tiene dos modelos, el de guerra y el de caza. Este último puede llevar en lugar del narcótico un activísimo veneno, que al menor rasguño quede inculcada la fiera con el veneno de Kombe; pero esto tiene sus inconvenientes, pues el menor descuido se pagaría con la vida, y la caza así matada, habría que manipularla con muchísimo cuidado.

Los grabados adjuntos indican la disposición de la bala y la forma en que va depositado el narcótico.

¡Mate esa mosca!

Sí. Mate cuantas moscas pueda, son una eterna amenaza á nuestra salud. Los peligros que pueden acarrearlos son grandes. Todos los pueblos civilizados, convencidos de lo perjudiciales que son las moscas, han lanzado el grito de guerra de: ¡Mate esa mosca!, y hay que hacerlo sin piedad; con ensañamiento. ¡Mate, mate : : cuantas moscas pueda! : :



Las moscas son los insectos más indecentes y peligrosos que existen. Una mosca lleva en sí millones de gérmenes de disentería, tifus, difteria, cólera, viruela, etc. Una mosca, al posarse sobre los labios de un niño ó sobre una herida ó rasguño de nuestra mano, puede causar la muerte. Una mosca al caer en una taza de leche ó de cualquier bebida, transforma el líquido en un depósito de gérmenes tíficos. Defienda la cocina, el comedor, el dormitorio, la cuna del niño contra las moscas. Desinfestad los cuartos y matad las moscas por cualquier medio. No hay nada tan peligroso como una mosca. Una mosca es la muerte.

Todos los veranos, una verdadera peste nos amenaza. "La mosca". ¿Cómo podemos combatir esa peste?

Matando al insecto vehículo.

¡Mate esa mosca! es el grito de guerra que, contra el indecente insecto, ha lanzado Inglaterra.

¡Mate esa mosca! debe responder todo aquel que tema la muerte.

Los hombres de ciencia, los médicos más notables, nos dicen que la mosca no nos debe inspirar lástima alguna.

La lástima á las moscas es el desprecio á nuestra propia vida, es un suicidio.

Los alimentos malsanos matan miles de individuos al año; las aguas y las bebidas impuras también; pero las moscas matan cientos de miles, ó son, por lo menos, la causa de su muerte.

¿Queréis evitar un peligro constante, un eterno peligro de muerte?

Destruid el repugnante díptero.

Una mosca es el vehículo de las más repugnantes y mortíferas enfermedades; una mosca pone, por término medio, cien huevos en cada postura, y puede tener doce generaciones; es decir, que su progenitura total en una sola estación, nos da la asombrosísima y colosal suma de 1.096.181.249.310.720.000.000.000.000 de moscas.

Ved, pues, si el peligro no es enorme, si no vale la pena de matar cuantas moscas podamos.

Cuando la mosca se hace el tocado con sus patas, está matando á la humanidad; sacude los microbios que lleva encima y suelta los bacilos del cólera, del tifus, de la difteria, del carbunclo, de la peste, de la disentería, de la oftalmía, de la muerte, en fin.

Porque la mosca es la muerte misma.

¡Matad, matad, pues, cuantas moscas pedáis!

Los ingleses han emprendido una verdadera campaña contra el infecto bicho; nuestro grabado es un dibujo simbólico de los peligros que puede acarrear una mosca.

Ayuntamiento de Madrid

Nueva York es la ciudad más corrompida según dicen los yankis.



ELLOS mismos lo dicen, Nueva York es la ciudad más corrompida, la más viciosa, la más inmoral. A raíz del asesinato de Rosenthal, salieron á relucir al público trapos sucios hediondos que antes se lavaban escondidos, y ahora la Prensa

de Norte América habla del estado de corrupción de la inmensa urbe, y explica las causas. El yanki necesita dinero, mucho dinero, y hay que conseguirlo de cualquier manera, y cuanto más fácil sea conseguirlo mejor; las apuestas, el juego, el fraude y siempre más; su ambición no tiene límites. Hemos

La ambición del neoyorkino es insultante, las criadas quieren ser señoras, sueñan con sombreros, sedas y diamantes, sólo sueñan con el placer; el limpiabotas ansía automóviles; el camarero quiere ser servido. Nuestra ambición sube constantemente, y nuestra moral baja más rápidamente aún. El dependiente de comercio odia al patrón, y quisiera ser como él; el tendero quiere ser banquero; hay policías que tienen casas de campo y automóviles; los inspectores viven como millonarios.

El escandaloso afán del lujo en las mujeres, y la desmedida afición al juego entre los hombres, han hecho de Nueva York un foco de odios, envidias, robos, estafas y asesinatos.



La policía corrompida, viendo como que se desoja con la millonada que les daban las casas de juego y mal vivir,

sostenidas, no por millonarios, sino por las clases más bajas de la sociedad que sacan dinero por la costumbre de la exagerada propina.

La multitud de casas de juego que la sangre de Rosenthal ha cerrado por algún tiempo, estaban sostenidas por individuos que viven de la propina.

Hay "botones" en algunos hoteles que sacan hasta diez duros diarios de propinas, y en esa proporción el camarero, el chofer, el peluquero, el limpiabotas.

De los trece ó catorce millones de pesetas que las casas de juego y otros centros pagaban al año para que se hiciese la vista gorda, la inmensa mayoría salía de las propinas. Así se corrompió la policía de Nueva York, por el dinero dejaba jugar, estafar, robar, ocultar crímenes. La cuestión era ganar dinero, y ganarlo fácilmente.

El subir, el alcanzar grandes posiciones, el ser millonario, esa es la ambición del yanki; pero sin esfuerzo, sin molestarse.

Y han subido, sí, muchos han subido tan alto que después ha venido la caída en el fango, en el vicio, en el crimen, y han arrastrado en la caída al policía que se ha dejado sobornar, á la muchacha honrada, que se ha vendido, al cajero que ha robado, á las almas todas de la podrida Nueva York.

Nadie se detiene en su loca carrera por el placer y el dinero.

Cuando los de abajo ven el ejemplo en los de arriba los siguen, y los ejemplos no pueden ser peores. ¿Qué ha de pensar una pobre muchacha que se desoja cosiendo para ganar unos duros, cuando ve que otras, que han sido como ella, gastan miles de duros en dar banquetes á perros suyos favoritos y á falderos de sus amigas?

El dinero lo gastan de una manera insultante, pero siempre queriendo más; cuando llegan al sumum, cuando han subido el último peldaño de la escalera, buscan poder, gloria, nobleza; la lucha es titánica, y caen, caen todos de golpe.

Y entonces viene el premio merecido al "Crimen de Nueva York": la desesperación, el odio, la envidia, la estafa, el robo y el asesinato. En estos momentos, la sangre de Rosenthal nos hace ver claramente lo que lo que hipócritamente tapábamos.

Todo es verdad, todo lo que nos dice el articulista yanki es lógico, pero no es nuevo, y en eso no es la primera Nueva York; podrá serlo por la magnitud del vicio y sus consecuencias, allí donde todo es colosal y monstruoso; pero en todos los países de Europa, Africa, Asia y Oceanía, es un hecho que, por el dinero, el lujo y el placer, se hacen mil desatinos.

Donde hay ambición desmedida, hay envidia, y de la envidia al odio y al crimen sólo resta un paso.

Sólo que, en Nueva York, se ha desbandado todo el mundo.



LA VIDA EN BROMA

Emperadores de guardarropía.

Pues señor... Ahora sí que se han acabado en Marruecos los Emperadores por derecho propio, y de origen sagrado, aquellos venerables descendientes de Mahoma, que eran considerados como algo divino. Ya lo han visto ustedes... Muley Hafid se ha ido á la... Meca.

Los emperadores que desde hoy



ocupen el solio del Mogreb, serán unos Sultanes de guardarropía, y no tendrán más cosas divinas que los cuerpos preciosos de sus favoritas.

La abdicación de Muley Hafid ha traído ese trastorno. Y los franceses se han visto negros para sustituirle, porque no encontraban en to-

do el Imperio, sobre ser tan vasto (con ambas bes), un moro del corte de Barroso, es decir, dócil y de manga ancha, que se atreviera á ser comparsa de los franceses.

La vacante no era en verdad codiciable para un moro, pero yo creo que si se la ofrecen á Pidal, la acepta.

Aquí, por lo menos, ya se hacían trabajos para dársela—¿cómo no?—á uno de los hijos de Montero Ríos; pero surgieron de repente los desagradables y chuscos sucesos de Mazagán, y ya nos indispusimos con los franceses.

Pero si eso no ocurre, á estas fechas es muy posible que el cargo de Emperador de Marruecos—equivalente hoy al de gobernador de Madrid, por ser puramente decorativo—estuviera ya en manos de Muiey Pidal el "Acaparador", ó de Sidi Montero Ríos, el de Lourizán, que es el rey de los momios.

Sin embargo, á última hora todo se arregló, y los franceses lograron encontrar un emperador hecho á la medida, que se llama Muley Yusuf, pariente del anterior, aunque más Muley, y que, enamorado de aquella célebre máxima del Korán "Dame pan y llámame tonto", aceptó el cargo.

Tenemos pues, en el "Gobierno civil" de Marruecos á Muley Yusuf, que es una especie de Millán Astray can jaque y zapatillas.

Pero no sé por qué, yo creo que Yusuf no ha de hacerse viejo en el cargo. Claro es que éste tiene ahora más ventajas que antes, porque le han quitado las atribuciones y las responsabilidades, y le han dejado lo más grato y sugestivo, que es el "harén".

Pero... ¿qué hijo de Mahoma se aviene á ser emperador francés?... ¿Qué Sultán se resigna á ser Sultán sólo de nombre, como Alonso Castri-

llo, gobernador?... ¿No es preferible ser inspector de Policía urbana y tener dos Mercados en el distrito?... Yo creo que sí.

No extrañaré, pues, que dentro de poco vuelva á anunciarse en los periódicos la vacante de emperador de Marruecos, y que se saque á oposición como cualquier plaza de 1.500 pesetas, para que opten á ella los que estén en condiciones.

Al fin y al cabo no son muchas las que se exigen: conocimientos generales franceses, desde Napoleón hasta Liautey; nociones elementales de lo que son ciertas naciones; algo de Astronomía para saber cuál es el sol



que más caliente, y sobre todo, chapurrear el francés hasta que sea posible "dominarle".

¡Que todo se andará!

Entre tanto saludemos el advenimiento del nuevo Sultán, diciendo:

¡Jesús, María y Yusuf!...

F. ROIG BATALLER

La verbena de la Paloma.

Recuerdos de una zarzuela.

"Por ser la Virgen de la Paloma", fui á la verbena noches atrás y allí, entre chulos, corrí una broma, que me ha valido varias "morrás".

Me acordé mucho del boticario de "La Verbena" que hizo Bretón; de aquel Tenorio sexagenario que se llamaba Don Hilarión.

Vi en las Vistillas á dos barbianas, que iban seguidas de su "mamá", una señora

fea y con canas, que es verdulera de la "Cebá".

Como las chulas de "La Verbena", se daba el caso también aquí, de que una de ellas era morena y la otra rubia ¡pero hasta allí!

Me sentí joven en sangre y tipo, como el vejete de la función, y á la morena, que quita el hipo, la pedí un baile por compasión.

¡Qué mazurquita tan soberana bailé con ella, válgame Dios!... Y ¡qué vals-polka con la otra hermana!... Porque, al fin, claro, ¡saqué á las dos!...

Les juro á ustedes que, aunque machucho, nunca he bailado

con mayor fe, porque me gustan las chulas mucho, ¡y aquellas eran de las de olé!

Pero de pronto, cuando juntitos íbamos todos al restaurán, entró en el baile, lanzando gritos y dando golpes, un tal Julián.

—"¡Que tienes madre!"... decían todos.

—¡Que tienes madre!...

¿Qué vas á hacer?...

Tendría madre pero no modos, que es lo que un joven debe tener.

¡Na! Que si un guardia pronto no asoma y me lo quita de una "patá", ¡Ay!... la verbena de la Paloma para mí este año ¡sí que es "soná"!

PIO GRACO.



En busca de marido.

La capital de Rusia dejó la viuda un día,
Plantándose de un golpe en medio de la Hungría,
Y en un café del Corso, de Budapest, la hermosa,
Estaba nuestra viuda soñando, cavilosa.

Cuando oyó los acordes de mágico instrumento,
Dulces, suaves acordes, llenos de sentimiento,
Arrancados con arte, con gusto sin igual,
De un violín manejado por mano magistral.

Al oír la sonata, la viuda, fascinada,
Le lanzó al violinista una ardiente mirada,
Y el húngaro se dijo, satisfecho y contento:
—La viuda está flechada; la conquisto al momento.

A orillas del Danubio, iba constantemente
La viuda, para oír al músico eminente.
Este hacía primores y se decía: —Al fin,
Me llevaré la viuda, gracias á mi violín.

El húngaro esperaba con ansias el momento
De tirar á rodar por siempre el instrumento,
De vivir á lo príncipe, de hacer rodar el oro,
De disponer a gusto de un cuantioso tesoro.

La viuda parecía estar enamorada
Del húngaro y su música, y en toda la velada
No apartaba un segundo, un instante la vista
De los ojazos negros del feliz violinista.

Este, una bella noche, á la luz de la luna,
Creyendo había llegado la ocasión oportuna,
Arrojó su violín y fuese arrebatado
A caer de rodillas ante el ser adorado.

La viuda, al verle así, amable y sonriente,
Le dijo en pleno Corso, ante toda la gente:
—“Es inútil todo eso, pues no me haces tilín.
Estoy enamorada, sí; mas es de tu violín.”

FERS.





EL MISTERIO del tren ESPECIAL

NOVELA ADAPTADA DEL INGLÉS EXPRESAMENTE PARA "LOS SUCEOS"



á esto me ha tenido que dar, es que Inglaterra, como poder militar, no existe. He reflexionado sobre lo que sucedería aquí en caso de una guerra europea. Vuestra inmensa Marina no bastaría para proteger vuestra costa, y vuestras innumerables colonias en todas partes del orbe, os sería materialmente imposible defenderlas. Por muchos milagros que quisiera hacer Inglaterra, pronto caería bajo el poder del invasor.

Bransome apoyó las manos en las rodillas, se inclinó hacia adelante, y replicó con energía:

—No, no; eso es erróneo. No soy de su opinión. Venga usted conmigo al campamento de Alvershot, y yo le probaré á usted que los que dicen que no tenemos Ejército, son unos ignorantes alarmistas. El ministro de la Guerra le enseñará á usted nuestros nuevos sistemas y planos de defensa. Ha bebido usted en malas fuentes, mi querido príncipe; ha estado usted mal informado. Está usted completamente equivocado.

El príncipe, con la mayor tranquilidad, siguió diciendo:

—No crea usted, sir Edvard, que hablo á tontas y á locas. Yo no he estudiado ese asunto como simple aficionado, sino muy á fondo, y cumpliendo una misión. He pasado una semana entera en Alvershot, y el ministro de la Guerra me ha hecho la merced de dedicarme dos días completos. No puede usted darme dato alguno que yo no conozca de antemano. Seré franco con ustedes. Lo que yo he visto en Aldershot no ha pesado nada en la balanza de mi opinión. Vuestro Ejército es muy bonito; pero es puramente para hacer buen efecto en un tablero de ajedrez. Quizás sea un Ejército capaz de ganar una batalla, no digo que no; pero es un Ejército de mercenarios, y hay que tener en cuenta que no ha habido nación en el mundo, por grande que sea, desde los tiempos de Babilonia, que haya podido resistir una invasión con soldados mercenarios.

—Sí; pero tiene usted que tener en cuenta que esos soldados son ingleses; por consiguiente, la palabra mercenario...—dijo Mr. Havilaud.

—Son soldados pagados, sea lo que fuere—continuó diciendo el príncipe—soldados que han tomado esa profesión, como podían haber tomado la de sacristanes. Como les he dicho, hablaré claro, y les diré lo que pienso de su nación, bajo este punto de vista. Ustedes no me creerán; pero algún día palparán la verdad, y se acordarán de mí.

Tengan presente esto que les digo. El amor á la Patria, ha dejado de ser una religión y hasta ya no es ni siquiera parte de una religión. Vuestra juventud se hace soldados,

como una profesión, como una manera de vivir. Así se hacen los soldados mercenarios.

He recorrido todas las grandes ciudades de Inglaterra, y en todas he procurado estar un sábado por la tarde, el verdadero día de asueto inglés. Ese es el día en que en el Japón todos los jóvenes salen para dedicarlo á aprender el manejo de las armas. Forman compañías y batallones, tiran al blanco, hacen el ejercicio. Días de fiesta, días de asueto, nuestra juventud se ocupa siempre en eso, y no lo hace por fuerza, sino voluntariamente, con alegría, con entusiasmo, con verdadera pasión; y al comparar nuestra juventud con la vuestra, ¿qué he visto? Les he visto sentados en las tabernas, beber, fumar y gastar. Van á ver cómo juegan al "cricket" ó al "golf" una docena de individuos; una docena, fíjense ustedes, y los espectadores son miles y miles.

Cuando se acaba el partido, las tabernas se llenan. Se pasó la tarde. Vuelven á charlar, á beber y á fumar. Eso pasa aquí, y allá, en todas las ciudades grandes ó pequeñas de Inglaterra. Es asombroso cómo pasan los días de asueto en este país. Esos son los jóvenes que tienen que formar vuestra nueva generación. ¿Cuántos, entre ellos, pueden coger un fusil? ¿Cuántos saben tirar al blanco? ¿Cuántos saben montar á caballo? ¿Cuántos saben llevar un uniforme? ¿Cuántos, en fin, están dispuestos á defender su Patria contra el invasor? ¿Qué les importa á todos ellos de esas cosas! Sólo se cuidan de su preciosa existencia y de su afición á los deportes. Cinco días y medio encerrados en oficinas ó en fábricas, pensando en que llegue ese medio día para pasarlo admirando las proezas de media docena de jugadores, de los jugadores de "foot-ball", por ejemplo.

Son hombres fuertes, ágiles; se les paga, porque den unas cuantas patadas á un pelotón de caucho y cuero; pero ninguno de ellos creo que es capaz de dar un puñetazo por salvar á su Patria, si ésta lo necesitara. Por esto, por lo que he visto de vuestra juventud, señor Havilaud, es por lo que no puedo aconsejar al Japón que renueve su Tratado, que haga una alianza con Inglaterra. No, no sois un pueblo serio, porque no pensáis sino en pasar la vida lo más ricamente posible, sin acordaros de la Patria. No sé si tendréis la culpa de todo esto; quizás la culpa la tenga vuestra gran civilización, la falta quizás venga del demasiado progreso; pero, sea lo que quiera, por poco tiempo que se viva en este país, lo que acabo de decir, se nota, por poco observador que uno sea.

Están ustedes comercializados, permi-tanme la palabra, saturados de co-

mercio, industria y metal, y perdónenme ustedes si hablo con tanto descaro, con tanta franqueza; pero no puedo menos de confesar que vuestra raza está degenerada, que ha llegado á lo último, y el Japón sólo puede aliarse con pueblos que miren muy alto, que vayan hacia arriba; no hacia abajo.

El silencio que reinó después de la perorata del príncipe, era más que significativo.

El duque permaneció impasible, como si nada hubiese oído. Bransome tenía un ceño horrible; se le veía el mal humor que le andaba por dentro; el presidente del Consejo de ministros parecía que tenía hormigas en el cuerpo.

Bransome quiso hablar; pero Havilaud le atajó con gesto de la mano.

—Si es esa, en verdad, su opinión, príncipe—dijo—, es inútil que discutamos, sobre todo, si ya ha enviado usted su informe al Gobierno del Mikado. Sin embargo, desearía preguntarle una cosa.

Hace pocas semanas se hizo un llamamiento al pueblo, para ver con qué fuerzas voluntarias podríamos contar para la defensa de la Nación; y, ¿sabe usted cuántos reclutas acudieron, en menos de un mes? Pues...

—Catorce mil cuatrocientos setenta y cinco—contestó el príncipe, interrumpiendo á Havilaud—. Sí, señor, ya lo sabía; poco más de catorce mil, de siete millones de hombres jóvenes de que disponen las Islas Británicas. Si me hubiese acordado, este dato hubiera sido uno de mis principales argumentos; pero como creo que no es necesario sacar á relucir tan triste resultado, no lo he hecho.

Señor Havilaud, usted podrá obtener esos catorce mil combatientes, porque así se lo aconsejen las mujeres, los patrones, ó por conveniencia; pero no obtendrá un Ejército unido por un espíritu nacional, y ya se lo he dicho, y creo que lo he probado, que así no se forma ese espíritu.

Iré más allá, si no les cansa mi discurso. Les indicaré que la juventud no recibe ningún buen ejemplo de los que ocupan un rango más alto que ellos en el mundo social. En todas vuestras ciudades hay Clubs y Centros de cazadores, de jugadores de "foot-ball", "golf", etc., etc.; por todas partes se encuentran paseantes, gente rica que no se ocupa de nada, pasando su vida de paseo de aquí para allá. Se ocuparán apenas de la administración de sus propiedades, cazarán un poco, montarán de vez en cuando á caballo, irán á viajar tres ó cuatro meses al año. De esa clase de jóvenes, hay cientos de miles en Inglaterra, que tienen dinero, dinero pa-

ra tirar; pero no saben lo que es un fusil, un sable, un uniforme, siquiera; es más, que no podrían, no sabrían llevar un uniforme, si llegara el momento necesario. ¿Qué harán esos jóvenes, acostumbrados a la molición y al regalo, cuando sus mujeres y sus hijos acudan gritando y llorando, pidiéndoles protección, pidiéndoles que les defiendan del invasor? Tendrán que cruzarse de brazos y ver devastadas sus propiedades, sus mujeres ultrajadas por la soldadesca. Verán sus campos enrojecidos por la sangre de cuatro mercenarios, que opondrán débil resistencia, y ellos tendrán que permanecer inactivos. No están instruidos para pelear como soldados, y no podrán pelear como paisanos.

—Usted olvida, príncipe—hizo observar Bransome—, que una invasión, una verdadera y práctica invasión, es casi imposible en este país.

El príncipe se rió desdenosamente, y contestó:

—Mi querido amigo, si yo pudiera creer que usted creía tal cosa firmemente, pensaría que, á pesar de ser usted presidente del Consejo de ministros, era el más cándido de todos los súbditos ingleses. Hoy día, en la guerra, nada hay imposible. Yo les aseguro á ustedes que si el Japón estuviese situado donde está Holanda, pondría todo mi esfuerzo en arreglar mi Ejército y mi Marina, y en el momento que me diera la gana, arrollaría, devastaría toda la Gran Bretaña. Ustedes no convendrán conmigo, desde luego, y, por lo tanto, me parece inútil discutir el asunto. Quizás haga yo mal en decirlo, pero es lo que yo siento, lo que yo firmemente creo. Las leyes de la historia son incontrovertibles. Cuando una nación se ha debilitado por su misma prosperidad, cuando sus miembros han perdido la elasticidad y ligereza, entonces es

cuando el invasor encuentra el camino trazado, sin que pueda fallar su empresa. La nación que no puede contar con un Ejército popular, clava el primer clavo en su propio ataúd. No les diré á ustedes quién invadirá este pueblo, ni cuándo será la invasión, aunque creo de verdad que cualquiera puede hacerlo; pero lo que sí les aseguro, es que, dado el estado actual de cosas, sea una nación, sea la otra, una raza septentrional ó una meridional, un pueblo del Oriente hará la invasión.

—Sin que crea ni admita una sola palabra de cuanto nos acaba de decir, mi querido príncipe—dijo el presidente—, hay en esto otro aspecto que creo debería usted considerar, y es que una gran nación, fuerte y po-

derosa como la suya, nos abandone en esas circunstancias. Supongamos que habíamos decaído algo á causa de nuestro inmenso progreso, y que estamos demasiado confiados en nuestro poder; entonces, Japón no puede olvidar lo mucho que nos debe. Gracias á nosotros, el mundo se mantuvo á raya cuando la guerra que sostuvisteis con Rusia.

Ya sabía usted—replicó el príncipe—, que esa era una de las condiciones del Tratado que acaba de expirar. Si por dicho Tratado nuestra nación salía más beneficiada que la vuestra, eso no quiere decir que lo volvamos á reanudar. La gratitud es un nobilísimo sentimiento, pero que no tiene

otra razón hace falta, por la que considero que un Tratado entre Inglaterra y Japón no puede tener valor alguno. Ustedes, yo, todo el mundo sabe que la guerra entre los Estados Unidos y el Japón ha de estallar en día no lejano. Cuando ese día llegue, no ha de ser Inglaterra quien nos ayude, y eso también lo saben ustedes.

—Sin embargo, una alianza bien definida entre ambos países...

El príncipe le contuvo con un gesto de mano, y dijo:

—Escúcheme usted. Hace quince días, cierta persona, en los Estados Unidos escribió á ustedes, preguntando que les dijeran con franqueza qué actitud guardaría Inglaterra con respecto á América, si la guerra estallase en esa nación y nosotros, y ¿qué respondió el Gobierno inglés?

Bransome quiso hablar, pero el presidente le contuvo.

—Parece ser, príncipe—dijo—, que tiene usted un servicio particular de información; quizás pueda usted también decirnos cuál fué nuestra contestación.

—No les diré todo; pero les recordaré aquello de "carga sagrada sobre vuestro honor". Vuestra contestación tenía algo de compromiso.

—¿Y cómo sabe usted todo el texto de nuestra contestación?—preguntó Havilaud.

—Si les he de ser franco, les diré que no lo sé—contestó el príncipe, sonriendo—. He dicho simplemente lo que me figuro han contestado ustedes. En fin, dejemos este asunto, que nada sacamos en limpio con la discusión.

—Ha sido usted muy cándido con nosotros, príncipe—observó Havilaud—. Ya hemos visto que se opone á la renovación del Tratado con nosotros, por la desfavorable

nada que ver al hacer tratados internacionales.

—Sin embargo—dijo Bransome—, creo que bien podemos señalarle algunas de las muchas ventajas que el Japón obtuvo con nuestra alianza. No se le habrá á usted olvidado que, si no es por nosotros, los Estados Unidos les hubiese declarado la guerra no hace mucho.

Vuestra prudente y sabia intervención fué debidamente reconocida y agradecida por mi país—exclamó Maiyo—; y, sin embargo, no era para tanto. Tan cierto como á las doce del día nos alumbró el sol, es que los Estados Unidos ó Inglaterra jamás pelearán por el Japón. Eso bien lo saben ustedes. Esta es otra razón, si

opinión que de Inglaterra se ha formado, por considerarnos informales, sin recursos ni capacidad, como nación, y, en segundo lugar, porque busca usted otra aliada que le pueda ser útil en caso de guerra, especialmente, en caso de guerra con los Estados Unidos. Usted ha recorrido toda Europa; ¿por qué no nos da usted su opinión sobre las demás potencias? Si pregunto demasiado, dígame rotundamente que no quiere contestar.

El príncipe exclamó:

—Esta noche estoy hablando á ustedes con toda franqueza; con el corazón en la mano, y les diré lo que pienso.

He estado en Alemania, y puedo asegurarles que esa nación posee el



COSAS RARAS Y NUEVAS

No les hubiera venido mal á nuestros primeros padres haber encon-



PARA ADAN Y EVA

trado en el Paraíso terrenal un par de hojas de la planta llamada "Gunera Scabra", con una de las cuales les hubiera bastado para cubrir su cuerpo entero.

Pero como cuando cometieron el pecado original aún no se había descubierto el Nuevo Mundo, y esta planta sólo crece en Chile, hubieron de conformarse con las más grandes que en el Edén había: con las de parra, pues entonces tampoco se daban berzas ni repollos.

La planta á que nos referimos, y de la que damos una fotografía, da hojas que alcanzan dos metros de ancho y una altura de más de tres.

La planta cambia de hojas anualmente, pero vive muchos años.

No es ninguna novedad, dirán muchos lectores, pues muchos son los

MONOS BORRACHOS

micos que se emborrachan, y todo hombre borracho es más ó menos cuadrumano; mejor dicho: cuadrúpedo. Pero aquí se trata del mismo verdad, y de cómo los negros del Congo, Oeste africano, los cazan.

Beben los indígenas una bebida fermentada, especie de cerveza, de la que gustan mucho los monos. Los negros ponen recipientes con el brebaje en los lugares donde los animales puedan alcanzarlo y librar. Acuden los monos y beben aquella cerveza hasta embriagarse.

Los congolese acechan el momento oportuno, y cuando calculan que los monos tienen la vista turbia, se acercan á ellos y los cogen de la mano. El mono embriagado no distingue si el que le coge es un negro ó un compañero, y se deja llevar tranquilamente.

Es corriente que al ver los otros monos la operación acudan y se cojan al compañero, y no es raro ver llegar á la aldea un negro con ocho

ó diez monos cogidos de la mano, como si fueran de "Calatorao".

Una vez encerrados, les siguen dando cerveza, pero disminuyendo la ración, para que recobren su estado normal por grados.

Parece ser que el peso de la masa encefálica no tiene nada que ver con el talento, pues si así fuera, el esquimal sería uno de los más inteligentes individuos de la raza humana. El escocés, por ejemplo, posee un cerebro que pesa por término medio 50 onzas, y el del esquimal apenas 44, pero en proporción con el cuerpo el cerebro del esquimal es mucho mayor que el de cualquier raza europea.

Después del fresquísimo veranito que estamos pasando, á nadie le cho-



NIEVE EN AFRICA

cará el epígrafe, pues ya nos parece que nevar no es privilegio del invierno y de los países gélidos, sino del orbe entero. De todas maneras, al hablar de nieve en Africa hace su efecto, pues asociamos la idea con el ardiente Sahara, la Virginia, el Egipto, etc., etc.

Sin embargo, la fotografía del árbol cubierto de nieve en blanco campo cuajado de copos que aquí damos, ha sido tomada en el Africa del Sur, y precisamente en el mes de Agosto.

Allí, y en esa época, el frío no será únicamente en el rostro, sino en todo el cuerpo, sobre todo si los indígenas van tan ligeritos de ropa como solemos ver reproducidos á los negros de esas regiones.

La fotografía ha sido tomada en la provincia del Cabo, en Gricualandia Oriental.

La mayor estación de ferrocarril del mundo es la de Pensylvania Railroad Company, en Nueva York. Es bastante mayor que la célebre estación de Saint Lazare, en París.

El Ejército de la Salud tiene extendidos por misioneros por cuarenta y siete países distintos, y edita cincuenta y cinco periódicos en veintuna lenguas diferentes.

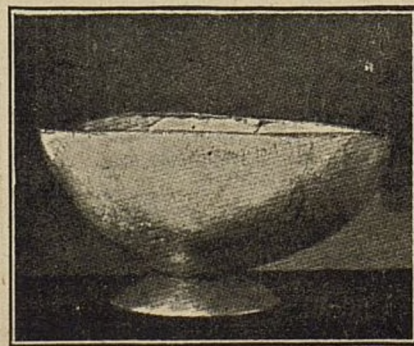
En Praga ha muerto un individuo, y al abrir el testamento notificaba que no se le hiciera ataud, pues lo tenía ya hecho y estaba desde hacía dos años empeñado en una casa de préstamos.

Un estudiante peruano, que sigue la carrera de Medicina en la Universidad de Estrasburgo, pasó por la pena de ver morir, en las salas del Hospital á su cargo, á una linda muchacha novia suya.

Algunas semanas después de esto, un estudiante, cabizbajo y atontado, entra en el taller de un platero, y en el mostrador depositó, envuelto en un papel, un objeto voluminoso. Era la parte superior de un cráneo, del cráneo de la amada difunta, suplicándole le pusiera un pie de plata y lo convirtiera en una copa, para ahogar en ella sus penas, bebiendo el sabroso vino del Rhin, como el Rey visigodo Alanis bebía en el cráneo de sus enemigos vencidos.

Cuando el artista le avisó que el trabajo estaba terminado y que podía venir á recoger la macabra copa, después de pagar la factura, el estudiante vió con dolor que no poseía los 10 marcos (12,50 pesetas), importe del trabajo del platero.

Tuvo que abandonar la preciosa reliquia, que pasó á manos del abate Wetterlé, y la ha enviado al pequeño museo del "Noureliste de Colmar", donde puede admirarla, metida en una vitrina, el curioso lector



que quiera darse un paseo por Alemania.